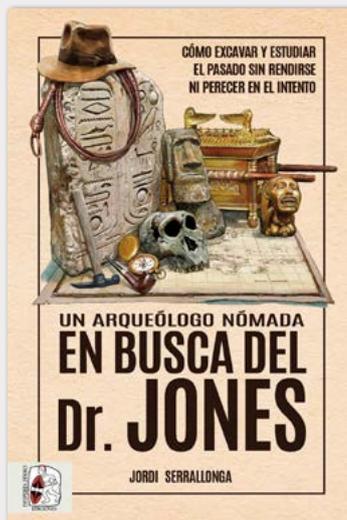


Un arqueólogo inocente tras los pasos de Indiana Jones

La arqueología es un periplo de observación, descubrimiento y aprendizaje. También de trampas, engaños, accidentes potencialmente letales y errores. El arqueólogo nómada Jordi Serrallonga, tocado con su sombrero fedora, se embarca con su *alter ego*, Indiana Jones, en un viaje por el tiempo y el espacio que le llevará de Tanzania a Machu Picchu, pasando por Mongolia, las Galápagos y otros recónditos lugares para averiguar qué late detrás de nuestra fascinación por el pasado.



Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones
978-84-126588-2-8
400 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 25,95 €

En los libros de historia, y en nuestros museos, topamos, indefectiblemente, con la fórmula «a. C.» y «d. C.», pero yo como arqueólogo, naturalista, explorador y pelicularo, defiendo que solo existen dos maneras efectivas de medir el tiempo: el antes y después de Darwin y el antes y después del Dr. Jones. Si en 1859 Charles R. Darwin publicó *El origen de las especies*, que revolucionó la manera de entender el pasado, en 1981 el revolucionado fui yo, cuando, con pantalón corto y acné, acudí al estreno de *En busca del arca perdida* para conocer a Indiana Jones y a su inseparable sombrero fedora. Así, gracias a las enseñanzas evolutivas de Mr. Darwin y al espíritu aventurero que despertó el Dr. Jones en un chaval de 12 años, supe que algún día haría realidad mi sueño: viajar por el tiempo. Hoy compagino la docencia universitaria con esa parte tan esencial como seductora de la disciplina arqueológica que es el trabajo de campo, rebotante de vivencias, ciencia y misterio. Es encasquetarse el fedora y cualquier selva, desierto, sabana u océano deviene el escenario de una epopeya donde siempre me acompaña la sombra de Indiana Jones, como advertencia de lo difícil que es seguir la luz y lo fácil que es caer en el lado oscuro del arqueólogo obsesionado por el objeto, pero también como recordatorio de la curiosidad, del sentido de maravilla y del asombro que laten detrás de la investigación científica. Bienvenidas y bienvenidos al universo de un arqueólogo nómada, un primate con sombrero, en busca perenne del Dr. Jones, sea en excavaciones en la cuna de la humanidad, correrías entre leones y serpientes, encuentros con sabias etnias lejanas, fósiles de dinosaurios, miserias y éxitos académicos o naufragios en el mar... En definitiva, periplos varios por mundos perdidos, mundos encontrados y mundos por descubrir, todo en estas páginas.

Jordi Serrallonga,
en algún lugar entre África, Mongolia y Atapuerca, 2023



Jordi Serrallonga es arqueólogo, naturalista, explorador y pelicularo. Profesor de Prehistoria, Antropología y Evolución Humana de la UOC y colaborador del Museo de Ciencias Naturales de Barcelona. Premio de Investigación de la Sociedad Geográfica Española, alterna la enseñanza universitaria con el sombrero fedora para el trabajo de campo entre restos arqueológicos y paleontológicos. Entre sus libros destacan *Dioses con pies de barro* y *Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones*.

En librerías el miércoles 28 de junio. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones explicado por Jordi Serrallonga

EN POCAS PALABRAS

Uno de los libros que más me influyeron mientras cursaba la carrera en la universidad, fue, sin duda, *El antropólogo inocente* de Nigel Barley. El relato personal sobre las vicisitudes, anécdotas, éxitos y fracasos de este antropólogo en África no hicieron más que reafirmarme en la idea de que, a pesar de las dificultades, yo tampoco cejaría en mi empeño, mi sueño: llegar al continente africano, y otras remotas tierras, para excavar e investigar sobre el pasado de la humanidad.

Barley no duda en criticar a sus profesores y colegas de sillón que, sin salir de un despacho y aferrados al dogma, no solo defienden anticuadas ideas, sino que ponen zancadillas a los jóvenes discípulos y discípulas que, por medio del trabajo de campo, quieren aportar nueva luz a la ciencia. Y *Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones* es eso: las vivencias de un arqueólogo inocente que, una vez formado en las aulas, bibliotecas y laboratorios universitarios, inconforme con muchas de las teorías, hipótesis e ideas que se barajan en la Academia, hace todos los posibles por protagonizar sus propias expediciones por todo el planeta. Un periplo de observación, descubrimiento, premios y aprendizaje, pero también de trampas, engaños, accidentes y errores. El subtítulo ya lo define en pocas palabras: «cómo excavar y estudiar el pasado sin rendirse ni perecer en el intento».

Muchos alumnos y alumnas, asistentes a mis seminarios y conferencias, o pacientes lectores, me habían pedido un libro sobre qué es un arqueólogo; por fin, sacando tiempo entre expediciones, clases y todo lo que ocupa a un científico para poder sobrevivir en estos momentos, a veces, poco propicios para el avance y estabilidad del conocimiento, decidí intentarlo. Por tanto, más allá de la imagen cinematográfica de Indiana Jones, si alguien quiere saber cómo llegar a ser arqueólogo, y cómo es su trabajo de docente universitario, en el laboratorio y sobre el terreno, desde el escenario de las aulas europeas hasta, tocado con su inseparable sombrero fedora, los parajes de África, Asia, América y Oceanía, le invito a que abra las páginas de este libro. Mi historia.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

Un rápido vistazo al índice del libro es la mejor guía para conocer cómo el autor articula este peculiar y atípico libro sobre arqueología. En efecto, no es un árido manual universitario, ni lo pretende; simplemente, a través de la experiencia directa de Jordi Serrallonga, quiere narrarnos cuál es el camino que siguió este primate nómada desde su infancia, pasando por la adolescencia y etapa de estudiante, hasta llegar a cumplir el sueño de visitar, estudiar, prospectar y excavar algunos de los



yacimientos arqueológicos y paleontológicos más emblemáticos del planeta. Siempre paralelizando dichas experiencias con coincidencias, anécdotas y aventuras protagonizadas por su colega Indiana Jones y muchos de los personajes que lo acompañan en el celuloide.

Los **dos primeros capítulos** sirven para presentarnos el trabajo de Jordi Serrallonga como arqueólogo; de entre todos los ejemplos donde escoger, el autor se decide por uno de los descubrimientos que, gracias a los maasai cercanos al Kilimanjaro, pudo realizar en Tanzania: un santuario sagrado repleto de pinturas rupestres. Esto nos sirve para comprobar que, al contrario de lo que pueda decirse, todavía existen muchas cosas por descubrir. Descubrir y estudiar... Sí. Explotar y destruir... NO. Es muy diferente la paciente metodología científica empleada por un arqueólogo, como Serrallonga, que la simple búsqueda del objeto llevada a cabo por Indiana Jones. Ahora bien, resulta que el personaje del Dr. Jones está basado en buscadores de tesoros, muchas veces sin ética ni escrúpulos; otras veces, en simples anticuarios o cacharrólogos. Y también en aventureros y aventureras. ¡Todos ellos reales! Lo cual se explica en los **capítulos 3 al 7**; una especie de historia sobre los precursores y pioneros de la arqueología. Una arqueología de la arqueología:

Excavar a pico y pala, y con prisas (al más puro estilo Indiana Jones) no es una buena idea si queremos preservar la integridad –e información extraíble– del registro arqueológico. Tampoco podemos empezar a cavar en el primer sitio que se nos ocurra. Una pregunta que suelen hacer a Jordi Serrallonga, tras sus clases en la universidad y conferencias entre todo tipo de públicos, es cómo sabe dónde se encuentran los fósiles que busca. ¿Por qué excava en una localidad de África y no en otra? ¿Cuál es el criterio? A través de diferentes ejemplos, **entre los capítulos 8 y 16**, disfrutamos de una sarta de vicisitudes protagonizadas no solo por «Indy» sino por el mismo autor –durante su niñez– pero también por un médico holandés que marchó a Indone-

La arqueología es capaz de embarcarnos rumbo a apasionantes viajes por el pasado. El autor en Noruega (© José Alberto Puertas).

sia tras la pista del pitecántropo; o el zoólogo norteamericano que, persiguiendo la cuna de la humanidad por Mongolia, acabó hallando, casualmente, huevos de dragón: dinosaurios. Genios y figuras de la arqueología que buscaron una aguja en un pajar... con diferente suerte. Algunos de ellos y ellas tocados con sombreros fedora. No podía faltar un capítulo dedicado a este tipo de sombrero popularizado por Indiana Jones, usado por Jordi Serrallonga, y de larga tradición en el terreno de la arqueología y aventuras reales y de ficción.

En el terreno de la arqueología real, y no solo en las películas de aventuras, también existen misterios, falsificaciones y delitos varios que habrían hecho las delicias de Sherlock Holmes, Miss Marple y Hércules Poirot. Uno de ellos es el famoso fraude del Hombre de Piltdown (Reino Unido, 1912): un montaje científico en el que varios huesos de aspecto humano fueron envejecidos y tuneados para que pareciesen propios de un antiguo homínido fósil: el primer humano del planeta tenía que ser inglés e inteligente (no africano y simio como propuso Darwin). El autor, en la piel de detective del pasado, a través de una divertida y ardua suerte de pesquisas, nos explica su implicación directa en la investigación del caso a lo largo de los **capítulos 17, 18 y 19**.

El sueño de Jordi Serrallonga, desde la más temprana infancia, siempre fue viajar al continente africano. Un poco más tarde, al conocer el trabajo, en África, de primatólogos como Jane Goodall y Jordi Sabater Pi, y arqueólogos y paleontólogos como la familia Leakey, el deseo de desplazarse hasta tierras africanas estuvo también impulsado por la necesidad de dedicarse a la investigación de nuestro más remoto pasado. Al igual que Indiana Jones bebió de arqueólogos que le antecedieron, en los **capítulos 20 y 21**, el autor se centra en alguna de las zancadillas, mentores, estudios y proyectos que le llevaron hasta África; tanto desde un punto de vista virtual –antes de arribar allí– como cuando se cumplió el objetivo no sin dificultades. Esto fue en 1996, al iniciar unas exitosas excavaciones en la región de Peninj (lago Natron, Tanzania): la tierra de nuestros más antiguos ancestros.

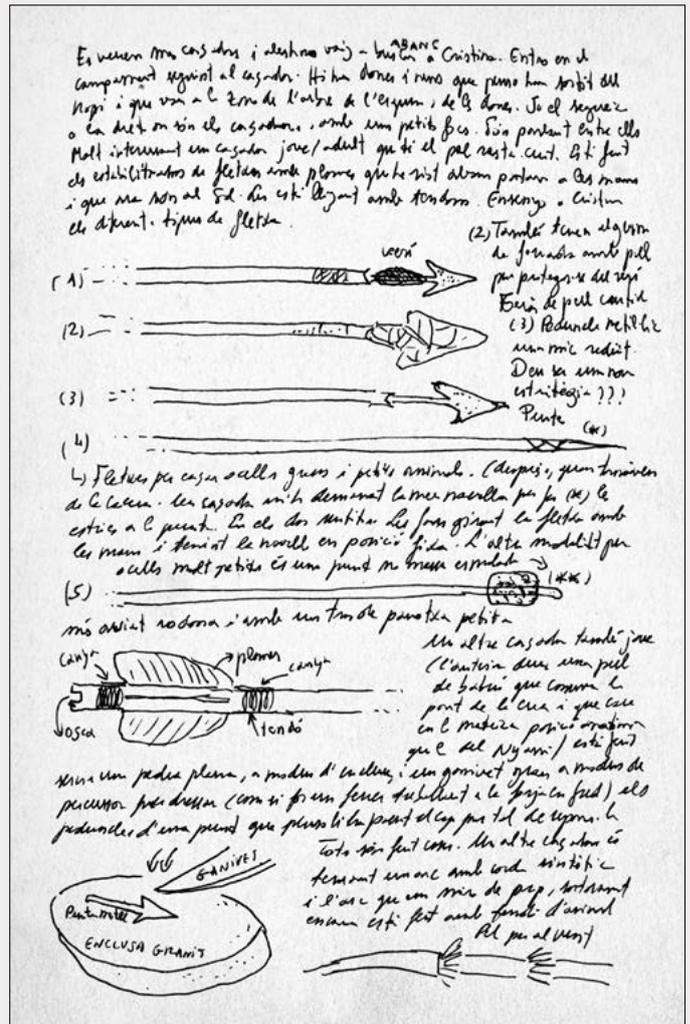
Una combinación de aventuras por la Sierra de Atapuerca y una distopía sobre alienígenas arqueólogos sirven a Jordi Serrallonga, en el **capítulo 22**, para acercar a lectores y lectoras cómo funciona una excavación arqueológica en el siglo XXI. El famoso juego de Hundir la Flota (Guerra de Barcos) cumple un papel primordial en la descripción de la metodología científica de excavación. Y es que un yacimiento, mientras excavamos, es como un libro al que le vamos arrancando las páginas; de no registrar la información ja-

más podremos saber qué decía el incunable y tampoco nuestro sitio arqueológico. El Dr. Jones debería tomar nota de todo ello.

Entre los capítulos 23 y 27, Serrallonga pasa buena parte de su tiempo viajando hasta remotas regiones del planeta: África, América, Asia y Oceanía. Aquí no solo excava yacimientos arqueológicos y paleontológicos, sino que también realiza estudios antropológicos al convivir, sobre el terreno, con diferentes etnias (desde los cazadores-recolectores hadzabe, pasando por los aborígenes australianos hasta llegar, por ejemplo, a los guerreros y ganaderos maasai). A la vez, observa gorilas, chimpancés, elefantes, leones y otras especies animales en libertad. Y, como en el caso de Indiana Jones, ha tenido encuentros con serpientes venenosas, rinocerontes contrariados y humanos adversos, además de vivir situaciones peligrosas en el contexto de aparatosos accidentes de montaña o naufragios marítimos con final feliz.

Cuando el Dr. Jones cuelga el sombrero, habría de dedicar su tiempo y conocimientos a los alumnos y alumnas, pero suele escaquearse. En el capítulo 28 Jordi Serrallonga también ha de colgar el sombrero al regresar a la jungla de asfalto y retomar el trabajo docente en la universidad. Pero es una tarea que uno debe tomar muy en serio; las discípulas y discípulos del autor, además de las personas que acuden a sus conferencias, o los viajeros y viajeras que le acompañan por algún periplo, merecen ser obsequiados con conocimientos novedosos recién recogidos, por Serrallonga, durante el trabajo de campo alrededor de medio mundo. Lejos de libros y apuntes amarillentos, el autor expone la necesidad e importancia de compartir, socializar, el conocimiento adquirido, incluso el más reciente e inédito. Al mismo tiempo, reivindica el papel de las mujeres en la ciencia, en general, y en la arqueología, en particular. Lo hace a lo largo de todo el libro, pero era necesario incidir en las veces que no siempre se ha tenido en cuenta el papel de la mujer en el mundo de la aventura de la ciencia; para ello, el autor incluso analiza los roles de las mujeres que protagonizan las películas de la saga de Indiana Jones... o el número de alumnas, respecto del número de chicos, que asisten a sus clases de arqueología en el capítulo 29.

Uno de los aciertos del personaje de Indiana Jones, a quien se dedica el capítulo 30, no es solo que sea un calco de lo que fueron los primeros arqueólogos obsesionados por la búsqueda del objeto -y causantes de algunos de los expolios más flagrantes de la ciencia-, sino que también es un héroe que resulta creíble. Es humano. Le engañan, se equivoca, pueden herirle y herir -tanto con un puñetazo como con cosas del corazón- e incluso se burlan de él. Por tanto, se parece a cualquiera de los arqueólogos que cometemos errores, padecemos accidentes o rompemos, o nos rompen, el corazón. A lo largo de todo este tiempo, desde 1981, cuando el autor



tenía 12 años, se ha establecido un estrecho vínculo entre «Indy» y él. Llevan muchos años conociéndose, excavando y viajando por todo el mundo, juntos. Indiana Jones & Jordi Jones... Jones & Jordi.

UN VISTAZO MÁS CERCANO

El manuscrito se entregó a principios de mayo, a dos meses del estreno de la quinta entrega cinematográfica de Indiana Jones. A posteriori, un día, en el cine, Jordi Serrallonga y su hijo Joan -antes de la sesión programada- visionaron el *teaser* de *Indiana Jones y el dial del destino*. Y, tras escuchar un par de diálogos, el autor, al regresar a casa, envió un *post scriptum* a los editores de Desperta Ferro. No había podido evitar emocionarse; el Dr. Jones cabalga de nuevo pues, como Serrallonga, no puede vivir sin pisar un desierto, oler la jungla o excavar el pasado. Indiana Jones continúa, y Jordi Serrallonga también continúa y continuará con la apasionante y, a veces, dura profesión de arqueólogo. *Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones. Cómo excavar y estudiar el pasado sin rendirse ni perecer en el intento.*



LAS CLAVES DEL LIBRO

Un **diario personal de excavaciones y viajes** que conjuga las experiencias vitales de un arqueólogo con la **cultura popular, el cine y la literatura** para averiguar qué late detrás de nuestra fascinación por el pasado.

De la cuna de la humanidad en Tanzania a las ruinas de Machu Picchu, de seguir los pasos de Darwin en las Galápagos a buscar fósiles de dinosaurio en Mongolia, **un viaje por el espacio y el tiempo** que nos descubre la arqueología desde una perspectiva única y **recorre la historia de la paleontología y la paleantropología** desde los pioneros a la actualidad.

Serpientes venenosas, fraudes arqueológicos, rinocerontes encolerizados, naufragios, despeñamientos...
Esta es la historia de **cómo excavar y estudiar el pasado sin rendirse ni perecer en el intento.**

Más allá de la **imagen cinematográfica de Indiana Jones**, este libro **descubre cómo llegar a ser arqueólogo**, y cómo es su trabajo de docente universitario, en el laboratorio y sobre el terreno.

DOSIER DE PRENSA





ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Jordi Serrallonga** (Barcelona, 1969), arqueólogo, naturalista, explorador y pelicularo. Profesor de la UOC, colaborador del Museo de Ciencias Naturales de Barcelona y premio de investigación de la Sociedad Geográfica Española, alterna la docencia con el sombrero fedora para el trabajo de campo.

Antes de pasar a las preguntas, en primer lugar, quisiera darle la enhorabuena por su nuevo libro, en el que nos sumergimos en el mundo de la arqueología, la antropología de campo e incluso de las ciencias naturales, pero también en el terreno de la exploración, el viaje y la aventura en primera persona; sin olvidar el cine. ¿Cómo definiría este peculiar ensayo?

Muchas gracias por interesarse. Y, antes de pasar a las respuestas, en primer lugar, puede tutearme. Uno de los libros que más me influyeron mientras cursaba la carrera en la universidad, fue, sin duda, *El antropólogo inocente* de Nigel Barley. El relato personal sobre las vicisitudes, anécdotas, éxitos y fracasos de este antropólogo en África no hicieron más que reafirmarme en la idea de que, a pesar de las dificultades, yo tampoco cejaría en mi empeño, mi sueño: llegar al continente africano, y otras remotas tierras, para excavar e investigar sobre el pasado de la humanidad.

Barley no duda en criticar a sus profesores y colegas de sillón que, sin salir de un despacho y afe-

«Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones es un periplo de observación, descubrimiento, premios y aprendizaje, pero también de trampas, engaños, accidentes y errores».

rrados al dogma, no solo defienden anticuadas ideas, sino que ponen zancadillas a los más jóvenes que, por medio del trabajo de campo, quieren aportar nueva luz a la ciencia. Y *Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones* es eso: las vivencias de un arqueólogo inocente que, una vez formado en las aulas y laboratorios universitarios, inconforme con muchas de las teorías e hipótesis de la academia, hace todo lo posible por protagonizar sus propias expediciones por todo el planeta. Un periplo de observación, descubrimiento, premios y aprendizaje, pero también de trampas, engaños, accidentes y errores. En pocas palabras: «cómo excavar y estudiar el pasado sin rendirse ni perecer en el intento».

Te defines a ti mismo como un primate y arqueólogo nómada. ¿Qué importancia tiene el viaje en los primates como nosotros?

El viaje siempre ha sido crucial para todos los seres vivos; ñus y cebras, aves, tortugas y mariposas protagonizan largas y grandes migraciones. En el caso de los primates, el viaje, aunque también está relacionado con la supervivencia, responde a una decisión, en la que ad-

quiere gran relevancia la curiosidad. Los humanos somos primates nómadas curiosos. Nos gusta explorar, observar y conocer.

En pocas palabras, el viaje permite ampliar miras... adquirir nuevos y

«Los humanos somos primates nómadas curiosos. Nos gusta explorar, observar y conocer. Sin el viaje, no somos nada».

extraordinarios conocimientos. Sin ir más lejos; uno de los protagonistas del libro, evidentemente, es mi colega ficticio Indiana Jones; todas sus aventuras están directamente relacionadas con el viaje hasta lugares recónditos e inexplorados. El otro protagonista, más desgarrado y poco agraciado físicamente, es este primate y arqueólogo nómada: yo. Sin mis expediciones por África, América, Asia, Oceanía, Europa, o incluso mi barrio natal, jamás habría podido escribir este libro. Sin el viaje, no somos nada. Y este puede ser hasta la localidad más cercana a nuestro hogar; un simple desplazamiento en tren o metro; o el viaje que también aporta la lectura de los libros.

Como prueba de la gran importancia del viaje, la publicación de la revolucionaria obra *El origen de las especies* (1859) del naturalista Charles R. Darwin fue posible gracias a un viaje de cinco años que le permitió comprobar que todo lo antes aprendido como dogma inamovible podía ser cuestionado. Precisamente, fue el primer científico que planteó un origen simiesco y africano del ser humano –para ira de sus propios coetáneos europeos–, pese a que África siempre fue la gran ignorada por el *establishment* occidental del siglo XIX y principios del XX.

¿De dónde nace tu pasión por la arqueología?

Recuerdo que, de bien pequeño, en el colegio, y por enésima vez, nos pidieron que dibujásemos la profesión a la que nos queríamos dedicar de mayores. Me dibujé junto a mi compañero de pupitre y aventuras, José Luis Serrano, con vestimenta de safari y tocado con salacot, en medio del desierto y rodeado de pirámides. Quería ser viajero, aventurero y arqueólogo, sobre todo, por África. Pronto, José Luis y yo empezamos a frecuentar la biblioteca pública del barrio y nos obsesionamos con los libros de exploradoras y exploradores, y con los de arqueología.

Nos íbamos hasta el Museo de Arqueología de Barcelona, pero también frecuentábamos las salas de paleontología, plagadas de fósiles, del Museo de Ciencias Naturales de Barcelona. Mirábamos las vitrinas y soñábamos con realizar nuestros propios hallazgos.

Persistí y, en el camino, habría de cruzarme con el personaje que solo hizo que desease alcanzar el sueño con mayor ilusión: a los 12 años, y gracias a que mi padre me llevó a ver *En busca del arca perdida*, descubrí a mi colega Indiana Jones... el Dr. Jones.

Años después, y para sorpresa de mis profesores y profesoras en el instituto donde cursaba ciencias, en el momento de hacer la elección de los estudios uni-

versitarios decidí tomar el camino del estudio del pasado. Jamás me tiraré atrás... cumplí el sueño.

Dices que África es tu segunda casa y de hecho el primer capítulo del libro se sitúa en Tanzania, lo que da muestra de la importancia que tiene en tu vida. ¿Por qué ha sido viajar al continente africano tu sueño desde la infancia?

Mi padre me compró un atlas geográfico para el colegio –que todavía conservo en mi biblioteca como una joya– que hizo posible que, sin necesidad de navegar hasta Mombasa en un vapor, ni sobrevolar el Nilo en dirigible, me adentrara en el continente africano resiguiendo, con el dedo, ríos, cordilleras, volcanes, desiertos y sabanas. ¿Por qué de todos los continentes me encapriché de África con pocos años de edad? Sinceramente, no lo sé. Solo sé que, a partir de aquel momento, empecé a devorar todo lo que procedía de África. Ansiaba ver películas sobre safaris y soñaba con ser alguno de aquellos guías aventureros.

Durante una visita al zoo de Barcelona, topé con la mirada de un pequeño gorila. Su mirada me impactó: ¿por qué se parecía tanto a la nuestra? ¿O la nuestra a la suya? En las exposiciones por el centenario de la muerte de Darwin descubrí que el naturalista inglés había dado la respuesta en el siglo XIX; los humanos compartíamos, con gorilas y chimpancés, un mismo ancestro africano. Decidí que quería ir a África a buscar estos antepasados fósiles.

Los dibujos de sus cuadernos de campo hacen las delicias de este libro. Basta ojear *Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones* para tener claro que no puedes salir de expedición sin una libreta Moleskine.

En efecto, suelo decir que antes prefiero extraviar el pasaporte que mi preciada libreta Moleskine. Utilizo una, dos o más por expedición y, como el diario sobre el Santo Grial del padre de Indiana –el Prof. Henry Jones Sr.– devienen lo más preciado entre mis pertenencias. Ahí se acumulan, a modo de cuaderno de bitácora, todos los apuntes, entrevistas, observaciones, descubrimientos, descripciones, mapas, esquemas e ilustraciones recogidas a lo largo del periplo.

Hoy, con la irrupción de las nuevas tecnologías, son muchos los colegas y compañeros de expedición que no entienden por qué no utilizo una *tablet* o algo parecido, pero siempre respondo lo mismo: tengo la teoría que todo aquello que transcribo o dibujo a mano es algo que me queda grabado a fuego en la mente.

«Antes prefiero extraviar el pasaporte que mi preciada libreta Moleskine».



© Eduard Omedes

Las islas Galápagos, Pascua, Perú, Egipto, Tanzania, Mongolia, Bután, Australia... ¿De todos los sitios que se mencionan en el libro cuál es el que más te sorprendió?

Es muy difícil responder a esta pregunta. Todos los lugares del mundo me siguen sorprendiendo y maravillando; incluso los que he visitado incontables veces. Ahora bien, si me obligan a escoger citaré tres lugares. En primer lugar, Tanzania. La considero mi segunda casa... quizás la primera por el tiempo que paso allí y por lo mucho que la amo; sí, estoy enamorado de Tanzania. Allí no solo empecé mi singladura de campo, como arqueólogo y naturalista, sino que he hecho grandes amigos entre miembros de diversas etnias y gremios locales. De hecho, me han bautizado como «mzungu maasai» [maasai blanco].

Las islas Galápagos fue un sueño de infancia desde que leí los escritos de Darwin. Fue bajar por la escalerilla del avión, y sin todavía haber sacado los pies de la pista, me empezaron a rodear numerosos pájaros pinzones de Darwin, y la vegetación local. Vi el océano azul y supe que había encontrado otra casa. Pero también existen ciudades en mi corazón. Londres, y alrededores como Cambridge y Oxford, me apasionan, sobre todo por sus museos y amor hacia las ciencias naturales, pero esta relación amorosa con Londres ahora es compartida con otra ciudad que me sedujo: Nápoles... la bella Napoli. Si fue capaz de despertar el frío corazón de un gran viaje-

«Los peligros para el arqueólogo no son las serpientes o las tarántulas, sino otro animal muy, muy terrible: el *Homo sapiens*».

ro, escritor y naturalista alemán como Goethe, conmigo fue mucho más rápido: amor a primera vista.

Jumanji, Hatari!, Star Wars, Sherlock Holmes, James Bond y, claro está, Indiana Jones. En Un arqueólogo nómada en busca del Dr. Jones abundan las referencias a la cultura popular, se respira mucho cine. ¿A qué se debe esta conexión entre cine y arqueología?

No me avergüenza admitirlo; además de arqueólogo, naturalista y explorador, soy un pelicularo... en todas las acepciones posibles. No podría vivir sin mi pasión por el cine. De pequeño descubrí *El planeta de los simios*, la interpretada por Charlton Heston. Una de mis películas preferidas. Aluciné. El cine se convirtió en mi actividad de ocio preferida y la llegada de una película de estreno suponía todo un ritual.

Me muevo por el planeta y suelo observar lo que me rodea, e interpretar mis vivencias, en clave de cine; dibujo y fotografío como si compusiese un fotograma o escena cinematográfica. Y es que, según mi opinión, el cine nos permite explicar complejos conceptos científicos de una forma mucho más ilustrativa y gráfica

En las expediciones no se separa de su sombrero fedora, al más puro estilo Indiana Jones, pero nunca se ha enfrentado a soldados nazis para rescatar de sus garras una joya arqueológica... ¿o sí?

Por suerte, no he tenido que enfrentarme con soldados nazis ataviados con vestimentas propias de los momentos inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial; Indiana Jones y su padre, sí. Pero, los peligros para el arqueólogo no son las serpientes o las tarántulas, sino otro animal muy, muy terrible: el *Homo sapiens*. En África he tenido que esquivar y escapar de furtivos armados con AK47 y, concretamente en Kenia, tuve que enfrentarme a «cultos» colegas arqueólogos y paleontólogos que asaltaban nuestra zona de excavación, con nocturnidad y alevosía, para robar fósiles; finalmente, con sus influencias, consiguieron arrebatarnos nuestros permisos de prospección y excavación. Algún día daré más detalles de tan miserable historia que me hizo comprobar que las rivalidades de Indy con el arqueólogo francés René Emile Belloq, o los coleccionistas norteamericanos Panama Hat o Walter Donovan, pueden ser aún más serias y perversas en el mundo real.

Otro de los principales peligros es el de las zancadillas durante la carrera y la financiación. En nuestro país seguimos sin contar con los apoyos suficientes para disciplinas como la arqueología y la paleontología, ciencias que nos permiten reconstruir el pasado y presente de la humanidad, y también a conocer cómo afrontar el futuro. Aprender de las catástrofes y errores del pasado para intentar evitar que se produzcan nuevas desgracias como el cambio climático global, la pérdida de biodiversidad, la crisis energética o el desembarco de nuevas pandemias, como el SARS-Cov-2. Debemos invertir más en los y las detectives del pasado.

«No me avergüenza admitirlo; además de arqueólogo, naturalista y explorador, soy un pelicularo... No podría vivir sin mi pasión por el cine».

¿En qué se diferencia las películas de Indiana Jones del trabajo real de un arqueólogo?

Lejos de ser un personaje puramente de ficción, el Dr. Jones es casi un calco –incluso por el detalle del fedora– de los arqueólogos y arqueólogas que existieron hasta bien entrado el siglo XX. Aventureros, coleccionistas y cacharrólogos que perseguían bellos y valiosos tesoros que incrementaban las colecciones de museos con tintes más bien colonialistas, o los fondos de coleccionistas de acomodados y ricos coleccionistas privados. Para ello no dudaban en excavar a pico y pala, destrozando dólmenes prehistóricos, templos egipcios, ciudadelas incas o expo-

liar el patrimonio histórico, natural y cultural de otro país, y vender las piezas o especímenes que encontraban. Hoy, en la actualidad, el trabajo del arqueólogo es muy meticuloso; excava-

mos con útiles de dentista, pinceles y muy poco a poco. Todo es importante; desde una herramienta de piedra hasta los pólenes de plantas microscópicas, pasando por un fragmento insignificante de hueso.

Un yacimiento arqueológico es como un libro incunable y a medida que pasamos sus páginas, lo hemos de situar en el espacio, restaurar, inventariar, fotografiar y dibujar y embalar. Para después estudiarlo en el laboratorio. Efectivamente, jamás vemos a Indiana trabajando en el laboratorio, cuando, en realidad, todo lo recogido sobre el terreno no sirve de nada si, a posteriori, no pasamos muchos meses analizándolo. Lo mismo que si no lo publicamos y divulgamos.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



DOSIER DE PRENSA



EL ARQUEÓLOGO INOCENTE

Desde que mi padre me llevó al estreno en 1981 de *En busca del arca perdida* empecé a medir el tiempo según el antes y después de Darwin, y **el antes y después de Indiana Jones**.

Mi primera excavación arqueológica –en este caso, **ilegal**– fue de niño, en un bosquecillo del Parque de Can Buxeres en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Convencido que daría con animales y humanos antediluvianos o con alguna esplendorosa civilización desconocida, encontré una piedra semiesférica perfecta. Pero al final **resultó ser un simple guijarro de río partido**. Aun así nadie pudo sacar de mi cabeza la idea de ser arqueólogo.

Viajo pegado a mis libretas de campo. **Todo momento es bueno para escribir** (con letra ilegible y liliputiense) y completar datos sobre la expedición, pegando botes en un 4x4, saltando olas con una lancha en medio de una tempestad oceánica, o sobrevolando un área de turbulencias en avioneta.

Tanzania es mi segunda casa, allí me han bautizado como «mzungu maasai» [maasai blanco] y, como si para mi fuese el mejor premio (más que el Nobel), cariñosamente... «Professor». Una gran amiga que reside en Tanzania, Nuria Panizo, siempre ríe diciendo que «**aquí eres tan conocido como Rambo y Julio Iglesias**».

He sobrevivido a un dramático **naufragio en las islas Galápagos**; también a las amebas presentes en las aguas que nos hemos visto obligado a consumir en lugares sin posibilidad de bebida potable, a un **rinoceronte contrariado** en medio del Ngorongoro e incluso a la caída libre por un barranco de la que me salvé sin uso de paracaídas.

Nunca he perdido ningún sombrero fedora. Los anteriores los he tenido que retirar por degradación de uso constante y dilatado. Han sobrevivido a tormentas de arena en Mongolia, correrías por la sabana entre leones y búfalos, travesuras de niños y niñas maasai, aguaceros torrenciales, caídas de aúpa y hasta los juegos de primates curiosos.

No tengo fobia a las serpientes, pero las respeto. Tengo firmado con ellas **un pacto virtual de no agresión**. Todo fue a partir de mi primer encuentro, en 1996, en la región de Peninj (Tanzania) con la siempre temida e incomprensible mamba negra. La pisé y, sinceramente, me perdonó la vida; ambos nos asustamos. Yo di un gran salto y ella salió huyendo.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

- 1 Tanzania... África
- 2 Un arqueólogo en busca de Indiana Jones
- 3 Tesoros del tiempo
- 4 La pasión por el objeto
- 5 Los inicios de la arqueología y museos escaparate
- 6 Anticuarios, «cacharrólogos», coleccionistas
- 7 Calaveras de cristal e ídolos dorados
- 8 Arqueólogas (y arqueólogos) al borde de un ataque de nervios
- 9 Ladrones y detectives del pasado
- 10 Buscar una aguja en un pajar
- 11 El Reino de la Semiesfera de Piedra
- 12 La suerte del holandés errante
- 13 Cazadores de fósiles
- 14 Explorando entre dinosaurios
- 15 El sombrero fedora
- 16 Tormentas y huevos de dragón

- 17 Un caso para Agatha Christie
- 18 Fraude arqueológico
- 19 El cráneo del cuadro
- 20 Un kikuyo blanco en la garganta de Oldupai
- 21 La bella y la bestia... La arqueóloga y el «Cascanueces»
- 22 Excavando con alienígenas
- 23 ¡No odio las serpientes!
- 24 El pacto de la mamba negra
- 25 Desafío a las leyes de la gravedad. Si Newton levantara la cabeza...
- 26 Riesgos laborales: ¡hombre al agua!
- 27 ¡Jumanji! Rinocerontes en el tablero de juego
- 28 De la jungla a las aulas
- 29 Aventureras de película: mujeres y arqueología
- 30 Me llamo Jones... Indiana Jones

Post scriptum

Bibliografía y filmografía

Índices analíticos



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1

TANZANIA... ÁFRICA

Retiro la mosquitera y salgo de mi tienda. Sumergir la cara en el agua de la jofaina supone un grato regreso a la realidad: estoy a los pies del Kilimanjaro. El volcán nevado que despertó la imaginación de Ernest Hemingway durante sus safaris por la sabana africana.

La forma del cráter situado a mayor altitud, el Kibo, se recorta en un cielo azul salpicado de nubes blancas; las mismas que, hoy generosas, han querido obsequiarme con una visión diurna del techo de África. Y es que la montaña es tímida y, en ocasiones, poco dada a mostrar la cara más bella; como si fuera sabedora del gran valor que albergan sus glaciares. ¿Todavía son el reino del leopardo? Es maravilloso ir en busca de tan escurridizo felino y en la meseta de Shira, a 3600 metros de altitud –todavía lejos de las nieves perpetuas–, creí verlo. Quizá fue una sombra, el fruto del cansancio o puede que el espectro de otro animal. Todo forma parte del encanto, soñar con aquello que existe y que aún hemos de ver o que quizá jamás veremos. Como es el caso de los restos de arcaicos homínidos fósiles o de antiguas civilizaciones perdidas.

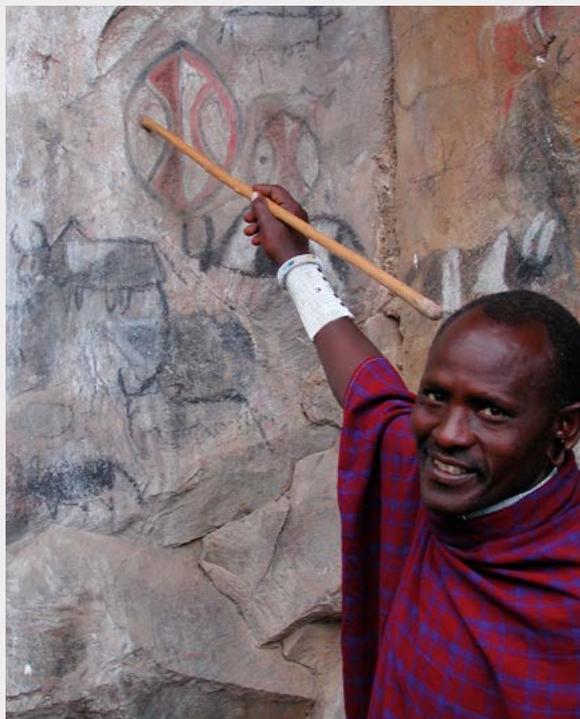
Una familia de jirafas, de elegante caminar, desfila por la llanura de inundación de Sinya. Van camino del bosquecillo de acacias amarillas –los árboles de la fiebre– y hacen oscilar sus largos cuellos para equilibrar el particular trote de las extremidades, también larguísimas. Se asemejan a dinosaurios, pero sin ser reptiles, sino mamíferos que hipnotizan y seducen al observador. Otro «dinosaurio» hace acto de presencia: *tembo*. La palabra en suajili con la que los locales han bautizado al elefante. De hecho, nuestra base de operaciones recibe el nombre de *Kambi ya tembo*: el «Campamento de los Elefantes». Y es que aquello no es el territorio del *Homo sapiens* pálido, venido de ultramar, sino el país de los elefantes y del pueblo maasai.¹

Precisamente, Kipululi, el jefe de una de las *bomas* maasai de la zona, me espera pertrechado para la expedición de

Kipululi señala, con su *fimbo*, un escudo maasai representado en las pinturas rupestres maasai de Ol Molog, Tanzania.

prospección, al igual que el resto de la escolta: los dos guerreros, o *ilmoran*, Lomaiani y Ngamerika. Telas rojas, muchas de ellas a cuadros azules, blancos y negros, son las tradicionales *shukas* que, sabiamente envueltas y anudadas al cuerpo, los convierten en los visibles y distinguidos aristócratas de la llanura. Las lanzas, como es costumbre, permanecen clavadas en el suelo, frente a cada uno de ellos. Los machetes o espadas, dentro de la funda de piel, cuelgan del cinto junto con las mazas de madera. El *fimbo*, el bastón maasai, debidamente colocado les permite descansar apoyados sobre un solo pie, una postura que los asemeja al flamenco, el ave zancuda y migrante que, a millares, puebla las orillas y aguas de los lagos alcalinos de la gran falla del Rift. Aterrizan y despegan con unos movimientos que, algún día, serán interpretados en un *ballet* a la altura de *El lago de los cisnes* de Chaikovski. La pieza que, junto con otros conocidos *ballets*, solía reproducir el gramófono de Karen Blixen en sus encuentros con Denys Finch Hatton. Imposible no pensar en los pasajes literarios de la propia baronesa,² o en las escenas cinematográficas de *Memorias de África*,³ la película en la que Sydney Pollack prefirió que Meryl Streep y Robert Redford, además del espontáneo y melómano babuino atraído por la música, disfrutaran de la belleza del continente africano al son de los compases de un *adagio* de Mozart: el Concierto para clarinete en la mayor, K622. El crepitar de la pista sonora en el disco de piedra, y su tono de sordina, resuenan ahora en mis adentros.

Saludo al trío, bromeamos y termino de chequear el equipo de campaña: las botas de piel están bien atadas, hay agua suficiente en las cantimploras, el cuchillo está afilado y hay muchas ganas de partir hacia una nueva jornada de estudio. Sin embargo, no puedo olvidarme de un elemento que me acompaña siempre: la libreta de campo, el cuaderno de viaje. Para mí, es mucho más importante que el pasaporte. Relleno una por expedición, incluso más de una en función de cuánto duren.



CAPÍTULO 4

LA PASIÓN POR EL OBJETO

Descubrir el mero objeto no es el fin actual de un arqueólogo o arqueóloga inmerso en un equipo de investigación. Sí que lo fue para los primeros arqueólogos que tenían más de aventureros, anticuarios y coleccionistas que de científicos. Los mismos que expoliaron el pasado sin remordimientos. Esto quiere decir que el personaje de Indiana Jones es muy real. El ya citado Hiram Bingham supone un buen ejemplo.

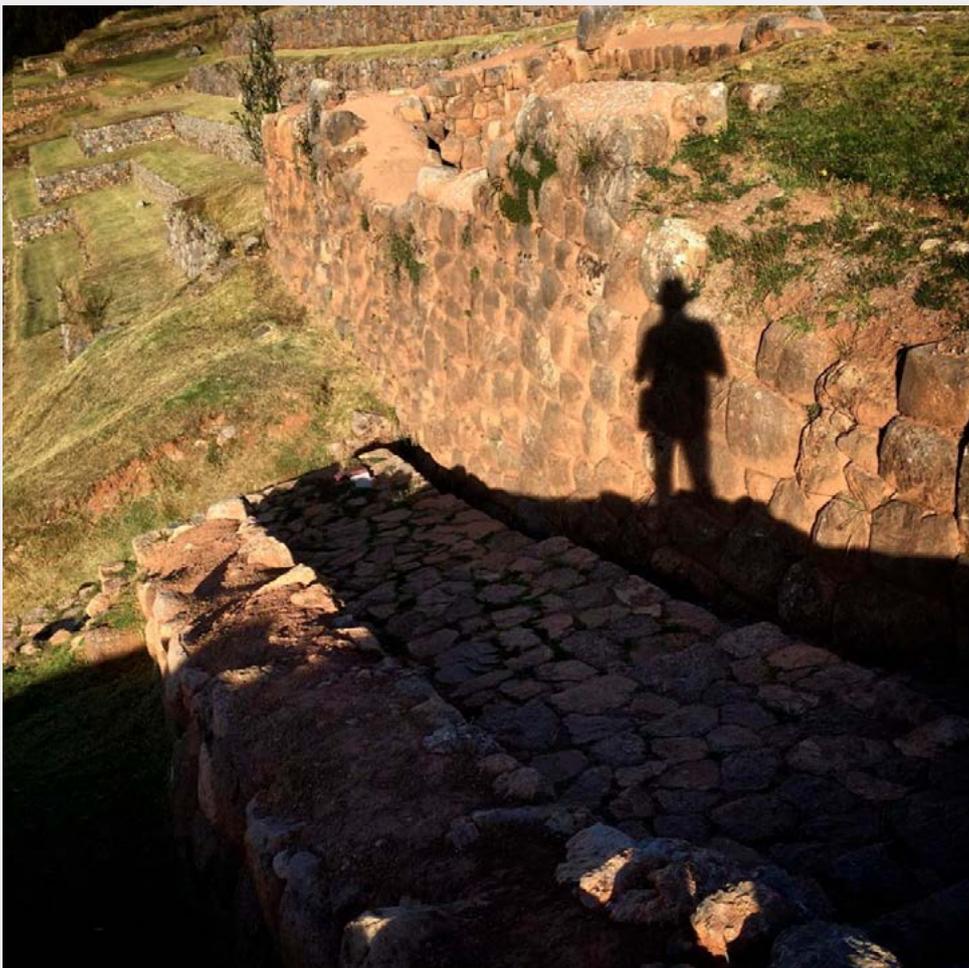
Cuando llegó a Machu Picchu dijo que había descubierto este lugar perdido y que había sido por méritos propios. La realidad es que, en sus diarios, omitió detallar que le habían guiado hasta allí; varias personas locales conocían, desde hacía tiempo, la antigua ciudadela inca. Eran otras épocas y se llevó de allí muchísimas piezas con destino a Norteamérica. Al igual que los vikingos y Cristóbal Colón no descubrieron América –ya existía para todos los pobladores del continente–, ni el explorador John Hanning Speke descu-

bró el lago Victoria en África –sus moradores locales lo llamaban lago Nyanza–, Hiram Bingham no halló el tesoro del Machu Picchu sino, en todo caso, lo dio a conocer en Occidente.

¿Significa esto que no existen tesoros por descubrir? Nada más lejos de la realidad. Que los mapas modernos, gracias a viajeros, viajeras y satélites artificiales, hoy representen la masa continental visible del planeta, no significa que la era de lo que consideramos –desde el occidentismo imperante– como los «grandes descubrimientos», haya acabado. Los arqueólogos y arqueólogas tenemos mucho por descubrir, y no hablo solo de objetos, sino de la información que nos brindan estos vestigios. Prueba de ello es que he abierto el presente libro con la narración de mi llegada al que, hasta hace unas pocas décadas atrás, era un santuario maasai aún desconocido para la arqueología y la antropología. Desde diversos lugares del planeta

no paran de llegarnos noticias acerca de la descripción de nuevas especies de ancestros fósiles de la humanidad. Incluso en los asentamientos más excavados, y que podrían parecer demasiado cribados y agujereados, el aluvión de novedosos hallazgos es imparable. Sea el caso de Pompeya, en Italia; o el Valle de los Reyes, en Egipto. Quien diga que ya no queda nada nuevo por descubrir está muy equivocado. Hay trabajo, durante siglos –si es que la especie humana consigue aguantar sin autodestruirse– para nuevos y nuevas detectives del pasado; nuevas y nuevos Indiana Jones adaptados a los tiempos contemporáneos. Y es que los de antes trabajaron y actuaron de otra manera a cómo lo hacemos en la actualidad.

La sombra del arqueólogo se proyecta sobre uno de los muros de piedra de la ciudadela inca de Machu Picchu, en Perú.



CAPÍTULO 8

ARQUEÓLOGAS (Y ARQUEÓLOGOS) AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS

—¿¡Qué haces!?! —le grité horrorizado.

—¡Me aburro! —respondió—. Ya está bien de limpiar con el pincel y dibujar. Cada día lo mismo. Yo he venido a hacer de Indiana Jones. ¡Quería excavar mi primer objeto!

Y casi lo consiguió, a costa de destrozar el trabajo de varias semanas y el patrimonio arqueológico que no estaba ahí para satisfacer los caprichos y aspiraciones de una única persona. Un patrimonio perteneciente a Francia y a la humanidad.

En definitiva, la pasión por el objeto no solo se adueñó de los primeros coleccionistas, anticuarios y arqueólogos del estilo de Theodore Davis⁶ o Indiana Jones, sino que continúa poseyendo a muchas personas. Por ejemplo, cuando deambulo por el desierto que rodea las maravillosas pirámides de Dahshur, en Egipto, no son pocas las veces que, sobresaliendo de la arena —como si fuera la ninfa del lago tentándome con la espada Excalibur—, doy con restos egiptológicos maravillosos. Para sorpresa de los que, en ese momento, me animan a llevármelos he de decir que los dejo ahí, intactos, en el mismo lugar donde estaban. ¿De dónde nace la manía de recoger y llevarnos una pieza arqueológica? Ya no vivimos en las épocas del colonialismo, no puedo ni debo imitar a mis más antiguos precursores; es decir, clavando una bandera, erigiéndome en propietario del lugar y metiendo estelas, figuras y sarcófagos en la saca directos a casa o a un museo. Hoy existe la necesidad de tramitar permisos y autorizaciones de prospección, excavación y cualquier otro trabajo

Desierto de Atacama, Chile. Todavía quedan maravillas por descubrir: incontables tesoros naturales y arqueológicos.

de investigación, y no expedidos por clubes oligárquicos venidos de ultramar, sino por los gobiernos locales.

Pese a ello, el interlocutor de turno se sigue sorprendiendo de que no se le permita «salvar» una pieza arqueológica hallada en medio de un monumento o paisaje. Cree y afirma que es un tesoro abandonado y olvidado, pues, de lo contrario, alguien lo habría excavado (como si la arqueología anduviese sobrada de recursos para trabajar en todas las partes del mundo los 365 días del año). Se autoconviene de que ahí fuera, de no rescatarlo, su hallazgo vagará condenado a la extinción por agentes atmosféricos, paso de animales e incluso la sustracción por parte de otros humanos (curioso y paradójico). En definitiva, pensará que lo más acertado es llevarse a casa el preciado *souvenir*.

En los tiempos que vivimos, hemos de actuar de forma diferente a la de Indiana Jones. Retomemos una de sus clases de arqueología en la universidad: «Bien, volvamos a este túmulo etrusco cerca de Tarquinia. Está formado por un corredor central y tres cámaras, o celdas, funerarias. Es lícito apoderarse de sus contenidos. No confundáis eso con robar. En todo caso, se trata de retirar el contenido del túmulo».⁷

Visitar Italia, en 1936, y jugar con el eufemismo de «retirar el contenido» de un túmulo etrusco sin permiso sí que es robar. Es un expolio. Un expolio inútil. En la vitrina del recolector particular el tesoro no tendrá ningún sentido. En cambio, ese mismo objeto, en su contexto, posee gran importancia documental. Una gota de agua, bien contextualizada, es capaz de descubrirnos todo un inmenso océano.

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 13

CAZADORES DE FÓSILES



Las salas del Museo de Historia Natural de Ulán Bator exhiben los fósiles de diferentes dinosaurios hallados en el desierto de Gobi.

La primera expedición centroasiática siguió buscando nuestros orígenes por Mongolia sin éxito. Lo dicho: no se puede ir en busca de una aguja en un pajar. Lo que ocurre es que cuando algo buscas, algo encuentras... Aunque no estuviera previsto. El doctor Jones, en la segunda entrega de sus aventuras cinematográficas, *Indiana Jones y el templo maldito*, tras un forzado y poco convencional aterrizaje en Asia, acaba dando con algo insospechado. El plan de su viaje por Oriente era recuperar el gran diamante «ojo del pavo real» en Shanghái, pero las vicisitudes de la aventura le llevan a la India⁴ tras la pista y encuentro de cinco reliquias arqueológicas con forma ovoide: las piedras Sankara. Algo parecido a lo que sucedió con el equipo de Chapman Andrews.

La expedición era sabedora de que en Mongolia hallaría valiosos «diamantes», como el perseguido por «Indy»: nuevas especies de mamíferos, aves, moluscos e insectos que todo museo de historia natural ansiaba. El hecho de ir acompañados de paleontólogos y arqueólogos en el equipo no solo se debía al deseo de Osborn, y otros colegas, de demostrar el origen asiático de la humanidad, sino también a que querían hallar fósiles de animales que permitiesen estudiar la evolución de la fauna en esta parte de Asia. Lo que poco podían imaginar es que darían con «dragones del desierto»: un gran número de fósiles de lagartos terribles. Así los había

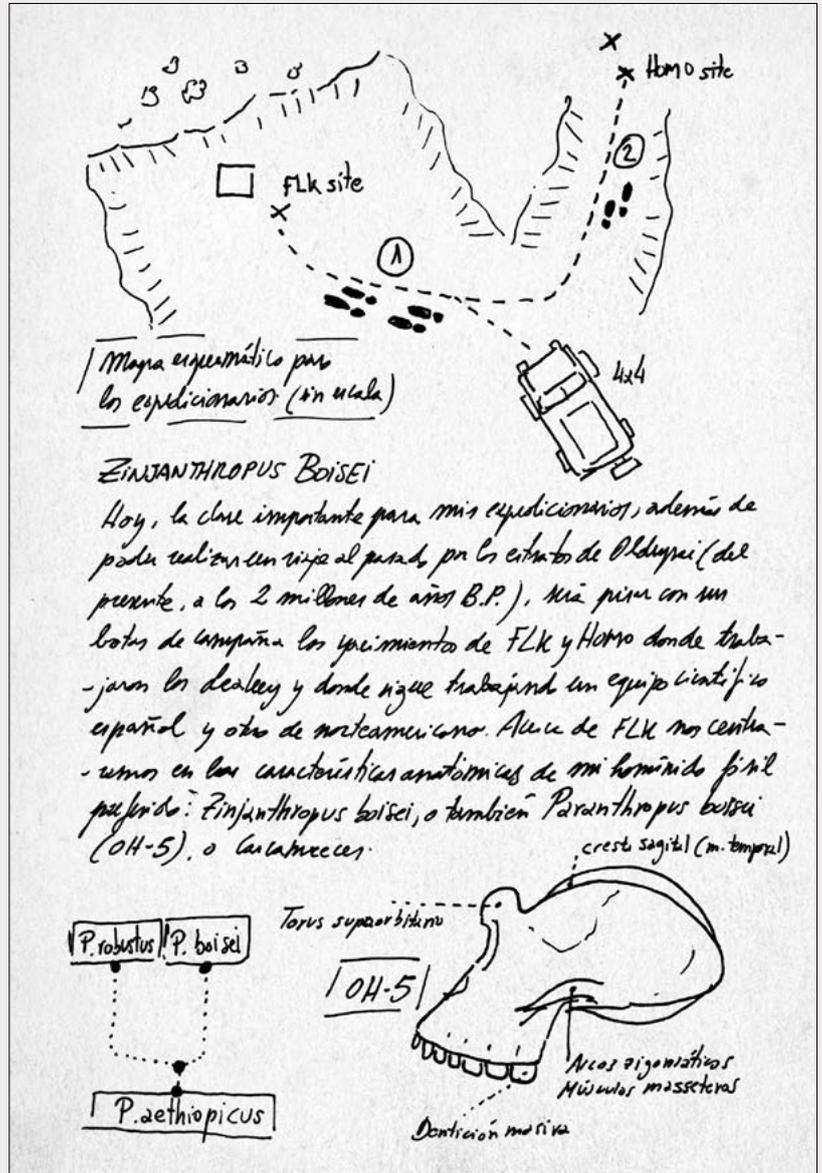
bautizado, en el siglo XIX, uno de los enemigos acérrimos de Darwin: el gran anatomista *sir* Richard Owen. Fue él quien acuñó el término dinosaurio. Varias especies de estos reptiles gigantes fueron hallados en localidades fosilíferas como Flaming Cliffs, en el desierto de Gobi. Pero también, y como novedad en la historia de la ciencia, nidos que contenían los huevos de algunos de estos maravillosos seres. Marcharon en busca de un diamante en forma de madre y padre asiáticos del ser humano y excavaron unos fósiles ovoides que no eran las piedras Sankara, sino huevos de dinosaurio.

La primera vez que vi dinosaurios procedentes de Mongolia fue, precisamente, en las espectaculares salas del Museo Americano de Historia Natural en Nueva York. También era mi primer viaje a la ciudad de los rascacielos y me prometí que pasaría varios días husmeando entre las colecciones de la institución. En el exterior vi la escultura dedicada a Theodore Roosevelt⁵ y, al cruzar el vestíbulo, detecté, en forma de busto, la presencia de Osborn; protector de nuestro cazador de dragones. Sin embargo, la recompensa me esperaba en la sección de paleontología; no solo pude contemplar los esqueletos prácticamente completos del *Protoceratops andrewsi* –un dinosaurio, comparado con sus congéneres, de talla pequeña–, sino los citados nidos descubiertos durante las expediciones centroasiáticas.

CAPÍTULO 18

FRAUDE ARQUEOLÓGICO

Dudo si pulsar el botón del interfono; ¿la Sociedad Geológica de Londres querrá recibir a un arqueólogo, venido del continente y con ganas de remover el pasado? ¿El tema de Piltdown les sigue incomodando? Y es que el escándalo llegó y salpicó al Parlamento británico en la década de 1950. En efecto, el engaño, del que muchos sospechaban, no fue destapado hasta que un investigador del Museo Británico, Kenneth P. Oakley, no aplicó un nuevo método de datación relativa en los restos fósiles del *Eoanthropus dawsoni*: el método del flúor. La cantidad de flúor que absorbe un hueso enterrado es mayor a medida que es más antiguo. Por ejemplo, los restos óseos abandonados y enterrados de los ñandús con los que se cruzó el escritor y viajero Bruce Chatwin –durante su travesía por la Patagonia en 1974– presentarán menor cantidad de flúor acumulado que otros ñandús que observó Charles R. Darwin en tierras patagónicas durante la primera mitad del siglo XIX. En cambio, la proporción de flúor será mucho mayor en los huesos de los ñandús que convivieron con los primeros pobladores prehistóricos de la región sudamericana. Unos «patagones» que no fueron monstruosos gigantes salvajes –producto de la tergiversación y exageración de las primeras crónicas europeas del siglo XVI– sino *Homo sapiens* como cualquiera de nosotros. Por tanto, la sorpresa de Oakley fue mayúscula cuando la proporción de flúor que contenían los fragmentos craneales de Piltdown resultó ser equivalente a la de otros osarios de época medieval hallados en Europa. Claro que la testa tenía pinta de ser moderna y no simiesca, como que era la de un humano medieval con tan solo unos pocos siglos de historia; para nada un millón de años. ¿Y la mandíbula? Era anatómicamente robusta, pues pertenecía a un orangután moderno. En pocas palabras, y tal y como publicó Oakley junto con dos colegas en 1953, el hombre de Piltdown fue un fraude científico.² Con la intención de reforzar la creencia en un origen humano, inteligente y europeo para nuestra estirpe, alguien –o algunos– había confeccionado un espécimen a medida. ¿Quién fue el culpable? ¿Estaba



Cuaderno de campo, Tanzania, 08/03/2011.

inmortalizado en el óleo *Los amigos de Piltdown?* O, mejor dicho, «Los sospechosos de Piltdown».

Dubitativo, sigo plantado en la entrada de la Sociedad Geológica de Londres. Sé que Sherlock Holmes, Philip Marlowe³ o el duro Sam Spade⁴ jamás se lo hubieran pensado dos veces, pero solo soy un detective del pasado que, desgarrado, sin sombrero, y con una desgastada bufanda adquirida años atrás en Cambridge, no viene revestido de aureola curricular. ¿Seré bien recibido en la histórica sociedad científica?

CAPÍTULO 27

¡JUMANJI! RINOCERONTES EN EL TABLERO DE JUEGO



Me giro y un buen trago de *whisky* –mejor toda la botella– es lo que habría tomado John Wayne al ver lo que se avecinaba. Otro buen bebedor de *whisky*, mi querido capitán Haddock,⁷ de haber estado aquí, entre toda una irrefrenable batería de insultos, sin duda que habría exclamado: «¡Rayos y truenos!». A menos de un par de metros, y no exagero, vislumbro un enorme rinoceronte negro que, por fortuna, no viene encarado hacia mí, sino que corre en paralelo, nervioso y resoplado, presto para embestir y cornear lo primero que encuentre a su paso. ¡Glups! La madre que lo...

Me conozco bien (¿seguro?). Siempre que ocurre algo así, estalla un dramático conflicto interior; una batalla feroz entre mi yo científico más excéntrico y mi yo más prudente. He estado varias veces, codo con codo, con rinocerontes salvajes; pero ellos pastando y este primate a su lado, más o menos protegido, por la por-

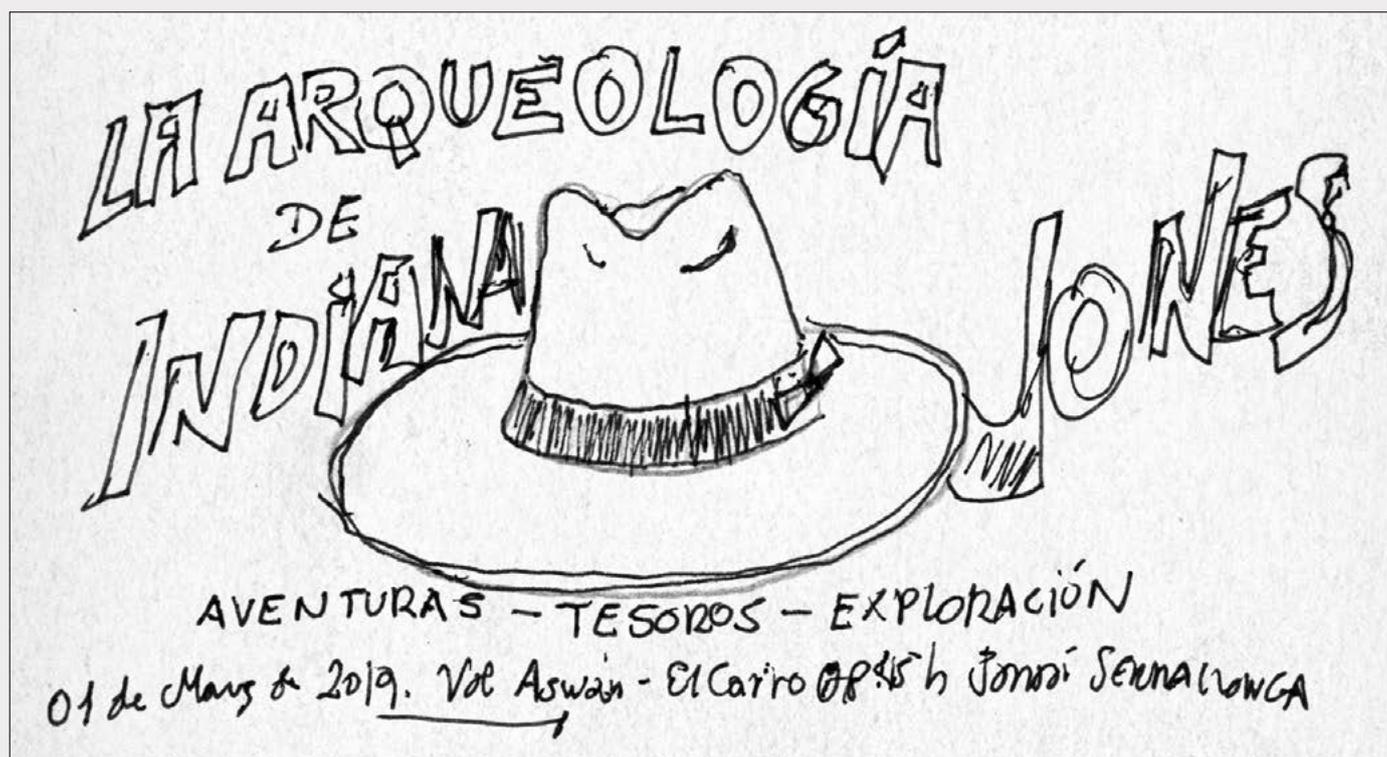
Imposible competir con Sean Mercer en la película *Hatari!* La cámara siempre preferirá a John Wayne (© Paramount).

tezuela del Land Rover. Salvo otra excepción: cuando, charlando de arqueología maasai desde el interior de un abrigo rocoso en los *kopis* de Moru, ante mi sorpresa, cruzaron, haciendo senderismo, una madre rinoceronte y su cría. También estuvieron a escasos metros, pero la mar de tranquilos.⁸ Y, aunque sea impropio de Indiana Jones, no me avergüenza reconocer que de la ilusión y emoción –aquello era la prueba de que, poco a poco, se estaba recuperando la población de rinos en las llanuras sin fin del Siringet– lloré de felicidad. Por el contrario, jamás había soñado con ocupar la fila cero de una mítica carga de rinoceronte negro en la arena del circo natural del Ngorongoro. Como en *Jumanji*,⁹ noto que el suelo tiembla a su paso; entre resoplidos, la carrera consta de banda sonora natural. Es maravilloso observar los orificios nasales de un animal tan prehistórico como actual ¡y olerlo! Los cuernos que adornan el extremo distal de su enorme testa no solo me trasladan a sus antepasados que deambularon, junto con los *Paranthropus* y *Homo* fósiles excavados en Oldupai; también me recuerdan a un *Triceratops*¹⁰ enfrentándose al temible *Tyrannosaurus rex*. Hervíboro versus carnívoro; presa versus depredador jurásico. Un enfrentamiento épico reproducido en cientos de ilustraciones y películas de dinos (la diferencia es que el papel de *Tyrannosaurus* allí en este caso recae en mí y yo no tengo sus mandíbulas). La cabeza del coloso, como en las secuencias *stop motion* del maestro de los efectos especiales, Ray Harryhausen, se mueve de un lado a otro de forma nerviosa. El animal no hace más que buscar un laberíntico paso entre nuestros tres vehículos aparcados al estilo caravana del *Far West*.

Finalmente, el yo de la prudencia, el del guía al cuidado de sus expedicionarios, eclipsa todo atisbo de seguir observando más detalles del lomo y los costados del encabritado y poderoso perisodáctilo. Querría gritar –entre estridentes sirenas de alarma– «¡Inmersión!» (como los comandantes barbudos, sudorosos y con gorra sucia de grasa de las pelis de submarinos), o aquello de «Agárrense... Vamos a saltar a la velocidad de la luz», imaginándome a bordo del destartalado Halcón Milenario junto con Han Solo, «Chewie» y la princesa Leia.¹¹ Sin embargo, he de proceder con algo no tan friki y mucho más comprensible en el universo. Sin tiempo de pensarlo dos veces, grito a pleno pulmón: «¡Todo el mundo dentro de los coches!».

CAPÍTULO 30

ME LLAMO JONES... INDIANA JONES



Cuaderno de campo, Egipto, 01/03/2019.

A medida que supera una ordenada secuencia de imprevistos, trampas y obstáculos, sigue mostrándose despierto, ágil, valiente y decidido, aunque también se le acumulan los problemas, de menos a más. Otra vez es traicionado, en este caso por su ayudante, y comete un grave error de cálculo al sustraer el ídolo dorado: la activación del mecanismo que provoca el desmoronamiento del templo, así como la liberación de la archiconocida esfera de piedra que a punto está de apisonarlo. Ya a salvo en el exterior de las ruinas, un arqueólogo rival le arrebató la reliquia. Huye perseguido por los guerreros hovitos mientras aplasta el fedora contra su cabeza; quiere evitar que se le vuele con la carrera. El estilo de la desbocada esprintada no es, precisamente, la del perfecto galán; todo evidencia un descarado punto de comicidad. Una vis cómica reforzada cuando, al escapar a bordo del hidroavión, descubrimos que el arqueólogo sí conoce el miedo. Tiene una fobia atroz a las serpientes, aunque sea la pacífica mascota del piloto, el cual, en tono jocoso, no duda en llamarlo cobardica. La estampa de «Indy», alterado y con la serpiente en el regazo, se intensifica por el grotesco estado del otrora imponente sombrero: chafado y con el ala frontal doblada hacia arriba, lo cual hace que parezca el avatar, pero en adulto, del cabo Rusty con su perro Rin Tin Tin.⁶ Nuestra impresión inicial ha dado un vuelco absoluto. El protagonista no es el tipo

rudo, asocial e infalible que imaginábamos durante los primeros minutos de metraje. Puede equivocarse, le engañan y roban, tiene miedo a las serpientes y cuenta con amigos, como es el caso del piloto Jock, que incluso se atreven a reírse del buscador de tesoros.

Esta es, para mí, la clave del éxito de Indiana Jones: empatizas con el personaje porque es humano. No es Superman, tampoco James Bond.⁷ En cambio, comparte muchos elementos con la figura del antihéroe que, curiosamente, y desde mi modesta opinión, también le son propios a su hermano de sangre: el capitán Han Solo.⁸ En pocas palabras, «Indy» es un arqueólogo al que le suceden cosas. Vive una infancia y adolescencia de travesuras y aventuras. Cursa estudios para formarse y, más tarde, intentar buscar una salida laboral. Descubrirá una o varias veces el amor, lo dará y recibirá y romperá el corazón de otras personas. Reconoce que ha cometido errores... Que se ha equivocado en muchos momentos de la vida. Experimenta la alegría de cada nuevo hallazgo para, a la vez, sufrir los reveses de envidias e injusticias, pero continúa adelante. Fuertemente apegado a sus mentores y amigos, también le toca llorar la pérdida de seres queridos. En definitiva, nada es un disfraz artificial, sino una piel que podríamos adoptar muchas y muchos de nosotros. Sea sin fedora... O con fedora.

Gracias, «Indy».

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



Jordi Serrallonga

Jorn
3/06/06

DOSIER DE PRENSA

